

RAMIRO LEDESMA RAMOS (1905-1936) **NOTAS SOBRE LOS ORÍGENES DEL FASCISMO ESPAÑOL** **Ferran Gallego**

Cuando Shanti Andía regresó a su Lúzaro natal, tras haber esparcido su primera juventud en el aprendizaje de la marinería, no pudo reprimir una expresión provocada por el paso del tiempo, tan evidente en las ausencias de los amigos, en la tenacidad impasible del paisaje y en el recuerdo vulnerable de los años extraviados: «He vivido en medio de los acontecimientos, y los acontecimientos me han escamoteado la vida». Quién sabe si, al hallarse al otro lado del espejo de una existencia a punto de ser aniquilada, a poco de iniciarse la contienda civil, Ramiro Ledesma no se vería asaltado por la misma melancolía, cuando su tiempo se le mostró entero e irrevocable. Sólo podría asaltarle, en la noche de espanto del cementerio de Aravaca, el sarcasmo por su sacrificio inútil y casi anónimo, habiendo sido exiliado del movimiento fascista que él había creado en España y que acabaría haciéndose con el poder dos años y medio después. Sin embargo, difícilmente podía oponer la protesta de su vida individual cancelada a favor de lo que acostumbramos a llamar historia. Muy poco después de haberse iniciado en los cenagosos espacios de la propaganda política, Ledesma había publicado un artículo en *La Conquista del Estado* —que reiteraría dos años después en *JONS*— que llevaba un título de extrema claridad de intenciones: «El individuo ha muerto». El joven zamorano había renunciado a ser algo distinto a los acontecimientos, y la reflexión de Baroja le parecería una intolerable falta de congruencia con su imagen de la «modernidad».

Entre la política y la estética: *La Gaceta Literaria*

Ledesma acudió al ámbito de la política en 1930-1931 porque éste era el que disponía de mayores dispositivos de visibilidad. La transición a la República había pasado a convertirse en el Gran Acontecimiento que, desde muy diversos observatorios amortiguados en la etapa de la Dictadura, podía escenificar un espacio de cambio, de respuesta a la amplia depuración política que la vanguardia literaria había exigido desde las intermediaciones de la Gran Guerra, pero también la Nueva Política que los círculos influidos por Ortega habían planificado para el horizonte del reformismo español en 1914. Ramiro Ledesma llegaba pertrechado de un aprendizaje nada desdeñable, realizado en dos de las revistas de mayor influencia antes de la II República: la *Revista de Occidente* y, sobre todo, *La Gaceta Literaria*. Si, en el primer caso, se trató siempre de colaboraciones destinadas a cubrir el flanco de una formación filosófica que se sentía deudora del magisterio de Ortega, la colaboración mucho más abundante y significativa en el órgano creado por Ernesto Giménez Caballero intentaba sellar su incursión en una vanguardia que habría de ser la vía inicial de instalación del fascismo en nuestro país. Una vía que puede ser calificada de estética, pero sin que ello la haga extraña a la política, sino resultado de la fusión entre ambos factores o, más bien, del desplazamiento de lo político a favor de lo estético en el discurso más coherente del fascismo.

En *La Gaceta Literaria*, en efecto, Ledesma podía poner en un orden más adecuado el conflicto entre la herencia vitalista y las resonancias neokantianas que habían repercutido en la generación del 98 y, en especial, en las figuras de Ortega, Unamuno y Maeztu. El Ledesma de *El sello de la muerte*, una novela de formación significativamente encabezada por un fragmento de Nietzsche y una dedicatoria a Unamuno, puede dar un salto propiciatorio hacia el círculo de debates que le abre su dependencia de Gecé, en especial la manera en que éste comprende, como muy pocos lo hacen en España, la manera en que el fascismo es «configuración», «forma», «espectáculo» total. Una relación entre arte y política en la que ésta deja de ser entendida como lugar de crítica y pluralismo, de conflicto de intereses y lucha de clases,

para obtener la reconciliación de la experiencia estética. La política es escenario: manifestación directa de la comunidad, verbalización de la esencia del ser nacional, unánime transfiguración pública de la intimidad de su carácter. El organismo nacional sólo puede expresarse en ese sitio donde se expone lo indiscutible, lo sagrado, la palabra única de España. En realidad, todo el misticismo que se asociará al fascismo procede de esa potencia simbólica, que recluye en un marco de reconciliación imaginaria los conflictos sociales. Ningún proyecto político puede prescindir de sus factores simbólicos de identificación, materiales de fuerte densidad emotiva, capaces de resumir y comunicar una realidad compleja que se conoce a través de los sentimientos. Pero sólo el fascismo es fundamentalmente esa opción. Y, en buena medida, acudirán en su auxilio los instrumentos propios de la vanguardia, los factores estéticos de transformación, de creación, de comunicación con la verdad oscura, con lo auténtico, después de que toda Europa haya experimentado masivamente una vivencia atroz como la Gran Guerra.

La estética fascista, que habrá de alcanzar la envergadura de la propaganda al alcanzar el poder, es un resultado de las condiciones vividas por las masas en el escenario bélico, de la «forma» en que las gentes adquieren constancia de su propia visibilidad en una obra colectiva. En este marco, la política es bien poca cosa al ser comparada con la intensidad de la pasión estética, con la fuerza del arte contemplado ahora como algo distinto a la más o menos diestra imitación de la vida, sino como camino real para averiguar su consistencia. Las construcciones del fascismo deben situarse en esa nueva función de un artista cuyo primer compromiso reside en ver en el arte una labor transgresora que permite interpretar las entrañas de la realidad sacrificada. Los artistas son augures y, al mismo tiempo, dirigentes de la ruta a seguir. El artista-político o el político como artista que moldea la realidad nos hace comprensible adentrarnos en lo más complejo y fascinante de la relación entre política y estética, más allá de los estereotipos de la simple propaganda.

Cerca del mundanal ruido: de *La Conquista del Estado* a las JONS

El joven Ramiro Ledesma —apenas veintiséis años— que se lanza a la política lo hace en ese sentido de *actor* de los acontecimientos, de protagonista de la gran función que se abre a un público ávido de cambio de programa. Es el político-creador, el político-héroe que llama a la juventud en el primer manifiesto de *La Conquista del Estado*, en una solemne asignación de destino a una generación que ha perdido la circunstancia de la Gran Guerra, pero dispone ahora de la agonía de un régimen. Y el semanario no hará otra cosa, a lo largo de aquella primavera en la que consigue sobrevivir, que reclamar una transición atenta al sentido de la contemporaneidad, a las exigencias de una eficacia de transformación que incorpore a las masas a un nuevo patriotismo social. El Imperio reclamado desde el nacionalismo ledesquista es más que un territorio: es asunción de proyecto colectivo, de unanimidad nacional, de cultura homogénea española que se descubre como nación en la medida en que incorpora a todo el pueblo a su revolución, superando las diatribas liberales y evitando la descomposición nacional propuesta por el marxismo y por el separatismo. A lo largo de los meses en que consigue ir sacando a la calle su semanario, Ledesma trata de encontrar un espacio por el que su fascismo vanguardista, futurista, subversivo, pueda quebrantar la hegemonía gubernamental. En cada uno de los temas en que cree poder hacerlo, encontrará la firmeza inesperada de la coalición, cuya amplitud de registros políticos se acompaña de la desolación de los sectores conservadores, batiéndose en retirada. Aun cuando la principal acusación de Ramiro Ledesma y sus escasos compañeros en aquella aventura propagandística es la que se lanza contra una República cuyos dirigentes apenas cambian las condiciones del país, siendo representantes de generaciones avejentadas, instaladas ideológicamente en posiciones superadas por la actualidad y desarboladas por la falta de eficacia, el gobierno provisional supo ajustar posiciones muy diversas —entre ellas las de políticos claramente orientados a un cambio controlado— en torno a una mística de la «revolución republicana», inspirada por los rituales y la festividad callejera con que se acogió el acontecimiento, gozando de un grado de acogida y

movilización que iba adquiriendo la estética de un curso transformador que resultaba más importante como sensación vivida que como realidad de las alteraciones legales realizadas. Sin embargo, lejos de hallar una timidez y una línea de fractura en los gobernantes, que pudiera aprovecharse para la denuncia de la «frustración republicana» por este primer fascismo rupturista, Ledesma encontró la imagen de la unidad en una rotunda afirmación revolucionaria, que proporcionaba la impresión de unanimidad nacional al proclamarse desde sectores ideológicos tan distintos. La nacionalización de las masas que proponían los redactores de *La Conquista del Estado* no se enfrentaba a un régimen desatento a la fuerza de su propia innovación. Ledesma había perdido la batalla que definía la propia correlación de fuerzas y la formalización política y emocional de aquella etapa previa a las elecciones a las Cortes Constituyentes. Incluso quienes poco confiaban en aquella fórmula institucional, desde la derecha o desde la izquierda, se apresuraron a presentarla en esos términos de fundación de un nuevo orden que los españoles analizaron de forma distinta, pero coincidiendo en su apoyo a las nuevas circunstancias.

Perdido el espacio mismo del conflicto político, la normalización del recinto en el que debía haberse dado una primera deslegitimación, Ledesma ni siquiera pudo hacerse con algunos temas que fueran de exclusiva pertenencia de su grupo. Los esfuerzos dedicados a ganarse a la Confederación Nacional del Trabajo, que culminaron en el apoyo al congreso extraordinario de la central libertaria no produjeron el paso de los sectores moderados del sindicalismo revolucionario al fascismo, como se esperaba de acuerdo con experiencias próximas en Italia y en Francia. Por el contrario, el debate cenetista se producía entre quienes entregaban el sindicato a la tutela del anarquismo de la FAI o quienes deseaban mantenerlo en unas condiciones de pacto con el nuevo régimen, en una estrategia sindicalista alejada de la vía insurreccional y del reformismo dependiente de la UGT, pero nada dispuesto a integrarse en un frente de respuesta al nuevo régimen de carácter nacionalsindicalista. La ambigüedad soreliana que Ledesma esperaba encontrar en los cuadros del trentismo se abocó a una frustración cuya profundidad puede observarse en la virulencia de los ataques que los órganos alentados por el dirigente zamorano habrían de dirigir a los dos sectores del movimiento libertario. La participación de los trabajadores de este sector en las elecciones a las Constituyentes, apoyando incluso a los candidatos de Esquerza Republicana, provocaron la furia del grupo redactor, que no sólo veía cómo se le escapaba un territorio de veracidad de sus propuestas de nacionalización de las masas en un sentido corporativista, sino que no conseguía evitar que el dilema de la CNT se produjera en torno a opciones que escapaban a cualquier posibilidad de encuentro y, por tanto, de supervivencia de *La Conquista del Estado* como foco de referencia para los trabajadores menos influidos por la socialdemocracia. Como es lógico, los esfuerzos realizados para ensalzar el comunismo heterodoxo de Maurín resultaron aún más baldíos, aun cuando su aparición en el semanario fascista, acompañándose de un elogio al carácter «actual» del comunismo, indique un estado de ánimo en el que primaba esta posición de engarce de subversión antiburguesa, de movimiento subversivo cuya única certidumbre ideológica parecía ser la lealtad a la etapa de «nueva política» en la que había entrado el continente tras la Gran Guerra, la revolución rusa y la aparición del fascismo.

El fracaso de Ledesma correspondió a la habilidad de los gobernantes, además de la escasa perspicacia del líder zamorano para comprender el carácter de coalición social del fascismo, atendiendo sólo a sus aspectos ideológicos más rupturistas. Hasta su última etapa, cuando ya nada contaba en la vida política española, no volvió a caer en este error, que le sirvió para apreciar la importancia de comprender la construcción de su proyecto como una síntesis de espacios de la extrema derecha donde el fascismo —o lo que él ya iba llamando nacional-sindicalismo— habría de disponer de una identidad protegida, desde la que ejercer su hegemonía. El denuedo del director de *La Conquista del Estado* para romper el gobierno mediante una prolongada campaña nacionalista contra las tendencias independentistas de Cataluña no dieron resultado, al poder identificarse las reivindicaciones de los gobernantes catalanes con la propuesta de

reorganización territorial del Estado, produciéndose una zona de encuentro ambiguo entre la obtención de la autonomía como ejercicio de la soberanía del pueblo catalán y como resultado de una aceptación descentralizadora que se identificaba con el proyecto republicano. Buena parte de la artillería ideológica lanzada en la primavera y el verano de 1931 fue lanzada por Ledesma en esta dirección, que se correspondía con bastante exactitud con un elemento conflictivo que habría de crear disensiones en el seno de quienes entonces formaban parte del gobierno, aunque sólo después de aprobarse la Constitución. También correspondía al esfuerzo por definir un nuevo patriotismo, levantado sobre las ruinas de las propuestas liberales, que se basaría en la construcción de un nuevo Estado de todo el pueblo, Nación de destino imperial y organización sindicalista que no podía desintegrarse de acuerdo con un principio de soberanía heredado de las ideas democráticas o sujeto al conflicto de clases propuesto por los sindicatos y los partidos obreros. En esta misma línea, Ledesma habría de afinar sus análisis acerca de la violencia y de la relación entre la vanguardia revolucionaria y las masas, llevando el primero de los aspectos a una interesante distinción entre el sentido ontológico de la violencia y su mero carácter estratégico como elemento que caracterizaba al fascismo. En el segundo aspecto, la *línea de masas* exigible tanto por criterios de realismo político como por voluntad de construir un proyecto populista, debía asumir el papel de una vanguardia heroica, una nueva aristocracia vinculada a lo que una parte nada despreciable de la cultura europea venía afirmando incluso desde antes del estallido de la Gran Guerra, cuando este elemento habría de politizarse de una manera más creativa.

La embriaguez de la metamorfosis (1931-1934)

Los últimos coletazos del semanario, cuando Ledesma fue capaz de reiniciar su publicación en octubre de 1931, duraron solamente cuatro números, en los que se observa el encuentro del dirigente fascista con una realidad que había desmentido sus análisis tácticos —aunque en modo alguno hubiera cancelado sus opciones estratégicas. La formación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista en octubre de 1931 y la unificación con las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica dirigidas por Onésimo Redondo en Valladolid ya señalaba un cambio de ruta ideológico y político. Ideológico, porque Ramiro Ledesma comenzaba una tarea en la que mostrará una especial terquedad y una admirable lucidez: había extraído las conclusiones necesarias acerca de la imposibilidad de un fascismo que fuera *exclusivamente* esa llamada transversal a los jóvenes subversivos que había realizado en vísperas del 14 de abril. Las llamadas a una simple *corrección al capitalismo* donde tanto se había convocado su *superación* es tan poco casual como la forma en que Ledesma asume sus llamamientos a las verdaderas fuerzas nacionales, que sólo pueden proceder de tradiciones políticas que están actualizándose: el alfonsismo radical, el tradicionalismo, el catolicismo político de las JAP. *Político*, en la medida en que Ledesma va a plantear su acción buscando un campo menos virtual que el que ha marcado sus primeros movimientos: es decir, el que supone sus constantes esfuerzos por obtener la radicalización de la derecha antirrepublicana y la generosa apertura a sectores que compartan con él, sea cual sea su origen y las sospechas que puedan desprenderse de sus actuaciones previas, la necesidad de crear un verdadero *movimiento nacional-popular*. Ledesma había entrado de una forma coherente en la receptividad a la constitución de un partido fascista que, a su vez, se integrara en una fuerza de mayor impacto social.

Para ello era necesario que las condiciones ambientales fueran más favorables, y no tardaron en serlo, aunque menos en la afluencia de efectivos a un partido fascista *ya formado* como las JONS que en la lenta fragua de un movimiento *en proceso de constitución*, que sólo habría de adquirir su plena realización durante la Guerra Civil. La crisis del gobierno tan buscada por Ledesma acabó produciéndose a finales del mismo año 31. Fue decisiva, por ejemplo, la ruptura del Partido Radical con el azañismo y la búsqueda, por parte de Lerroux, de la creación de un espacio de republicanismo

conservador, antisocialista, que representara al liberalismo moderado español siendo fiel a la forma de Estado republicana, pero receloso por la potencia que en la coalición había adquirido el PSOE y, en especial, la Unión General de Trabajadores. Por fin, la actitud de una CNT capturada por los sectores insurreccionales fue plasmando un escenario de conflicto social entre el gobierno republicano y la clase obrera que habría de alcanzar en Casas Viejas su mayor grado simbólico, aunque hubiera planeado con sus elementos tácticos más evidentes en las movilizaciones que siguieron a la huelga de la Telefónica del verano de 1931 y a la insurrección del Llobregat. A dicha fractura *interna* del campo republicano había de sumarse la que suponía la rápida movilización de los sectores de la derecha, primero en la campaña revisionista que hubo de ser prohibida por el gobierno de Azaña y, más tarde, con la consolidación de Acción Popular como principal vehículo del catolicismo político, flanqueado por el crecimiento y reorganización del carlismo, reunificado en 1932, reanimado por la actividad frenética del antiguo integrista Manuel Fal Conde, y por la radicalización del alfonsismo, cuyos principios fueron abandonando el liberalismo de la Restauración a favor del neotradicionalismo.

Todos estos elementos, que fueron desarrollándose de una forma silenciosa a lo largo de 1932, estallaron a comienzos de 1933, año que los historiadores especialistas en el fascismo español han solido citar como el de la verdadera constitución política del mismo. Creo que esta apreciación no tiene en cuenta ese «vestíbulo» social e ideológico que constituirá la quiebra del movimiento republicano y la movilización de la derecha monárquica. Para referirme solamente a quienes obtendrán un mayor apoyo electoral en noviembre de 1933, es necesario dejar constancia del inmenso avance de quienes se agruparán en torno a la figura carismática de José María Gil Robles, pero también al desplazamiento fundamental que se produce en el seno del lerrouxismo, cuyas secciones serán invadidas por un personal de origen conservador, actuando como un campo magnético para aquellos sectores que, estando dispuestos a aceptar una rectificación de la República que modificara la obra de las Cortes Constituyentes, no deseaban enrolarse en las filas de quienes no habían manifestado claramente su apoyo al régimen y tenían una sustancia decididamente clerical, que podía molestar en algunos sectores de clase media urbana. El reparto de funciones entre la CEDA y el radicalismo permitía establecer esa alianza de los sectores conservadores en sus dos principales facetas ideológicas —o con su base social más numerosa en aquellos momentos—, dejando a carlistas y alfonsinos en unas condiciones de apreciable, aunque minoritaria visibilidad, lo suficientemente fuerte como para indicar un *lugar social presente*, pero no lo bastante desarrollados para vertebrar una alternativa al régimen que no contara con los cuadros de los dos partidos citados, además de lo que podía suponer una panoplia de pequeñas organizaciones derechistas. En cualquier caso, tal frondosidad de actitudes, más o menos representativas por sí solas, indicaba un mapa social que alteraba las condiciones de junio de 1931.

Sólo en esta combinación política puede comprenderse el aparente «estallido» del fascismo español, su aspecto de irrupción que no tiene en cuenta la lenta fructificación en la penumbra. Pero que no se detiene, en especial, a considerar qué esperaba el conjunto de una extrema derecha en proceso de reorganización, así como una base social progresivamente radicalizada, del fascismo. El examen de su mera historia interior es incapaz de ofrecernos la exactitud de su trayectoria. No basta con tener en cuenta a aquellos que acudieron al jonsismo o al falangismo. Es preciso poner la atención a quienes, sin ir en esa dirección *de momento*, precisaban de la existencia de un Partido Fascista que normalizara el espacio de la extrema derecha española, cubriendo el flanco de un partido que dispusiera de los factores vanguardistas, sindicalistas, revolucionarios, marginales, utópicos y de propuesta de un Estado Nuevo antiliberal que podía ofrecer el fascismo. Aun cuando sectores muy amplios de la derecha pudieran coincidir en la superación del liberalismo, no estaban en condiciones de adquirir tal perfil ideológico ni la base social que podía proporcionar un Partido Fascista. Esa fue, precisamente, la demanda social que esperaba Ramiro Ledesma para acudir a su encuentro. Tras un año de silencio y tras el fracaso del vanguardismo sectario de 1931, las JONS podían presentarse como un partido

que trazara el necesario equilibrio entre su identidad fascista y su capacidad de compromiso con la extrema derecha. Ambos elementos resultaban indispensables para poder plantear una presencia en un campo más amplio que el obtenido hasta entonces y para preservarlo de una contaminación que lo hiciera innecesario. Aprovechando circunstancias internacionales que lo aconsejaban, en especial la llegada de Hitler a la cancillería del Reich, y factores nacionales que hacían visible la crisis de la coalición social-azañista, la extrema derecha asistió esperanzada al lanzamiento de diversas iniciativas que agruparan a los fascistas españoles en los siguientes meses.

En todas las iniciativas estuvo presente Ramiro Ledesma, como activo colaborador, como observador, como sintetizador. Quien ha sido considerado un doctrinario ajeno a la flexibilidad de planteamientos tácticos, dio a sus propios compañeros una lección de sagacidad a la hora de aceptar las condiciones del compromiso que a otros podían parecer vejatorias, y que a Ledesma le resultaban indispensables para que su proyecto nacional-sindicalista tuviera alguna oportunidad en nuestro país. Su conocimiento de lo que estaba sucediendo fuera de España le indicaba que el fascismo nunca había conseguido llegar sólo al poder. A Ledesma le correspondía una tarea de definición cada vez más precisa del proyecto fascista y una actitud abierta a la colaboración con quienes estuvieran dispuestos a ampliar el partido, primero, y a colocarlo en un paraguas de mayores dimensiones, después. Su participación en el único número de *El Fascio* en marzo de 1933 fue mucho más entusiasta y activa de lo que sus recuerdos permiten considerar, poniendo allí mismo las bases de una colaboración con los cuadros de la futura Falange Española, como el propio José Antonio o Sánchez Mazas. Más adelante, la salida de la revista *JONS*, con su aspecto de órgano teórico mensual, alejado de los temas de inmediatez política, aunque nunca indiferente a las cuestiones de estrategia, pudo constituirse, desde el mes de mayo y hasta agosto del año siguiente, en una base de elaboración doctrinal que «compensara» estas aperturas tácticas a la derecha. Los esfuerzos por dotar al partido de una organización más eficaz, aunque sin establecer nunca el liderazgo carismático del que había de disfrutar Falange, permitieron la adquisición de un pequeño espacio cuya reducción no podía confundirse con la languidez. Lo único que estaba haciendo Ledesma era consolidar algo con lo que negociar la constitución del Partido y la posición de los fascistas más auténticos en la misma, de igual forma que, más tarde, sus esfuerzos irían dirigidos a mantener el máximo de potencia del conjunto del Partido Fascista en el bloque nacionalista autoritario que se empezó a constituir a mediados de 1934. Los elementos de pureza ideológica tenían el sentido que debe darse a esa palabra en alguien de un pragmatismo tan acendrado como Ledesma, cuya palabra favorita durante el inicio de su carrera política fue *eficacia*. El compromiso político no aparecía como un obstáculo para la realización de los principios, sino que edificaba el único paisaje táctico en el que éstos podían realizarse.

Ni el poder, ni la gloria (1933-1935)

Las críticas realizadas por Ledesma al discurso de la Comedia, que tradicionalmente se ha considerado —aunque formalmente no fuera así— como el de la fundación de Falange Española, tienen el carácter que se ha señalado: lo que se le reprochaba a Falange era *su parecido* con las *JONS*, algo parecido, por otra parte, a lo que Víctor Pradera consideró al comparar los principios expuestos por José Antonio con el ideario tradicionalista. Y, al margen de los elementos de similitud, sólo se indicaba la preocupación por los factores imitativos con respecto a modelos extranjeros —algo a lo que debe darse el valor preciso de las luchas de espacio viniendo de alguien que había colaborado en una revista como *El Fascio*— y las vinculaciones sociales que podía presentar José Antonio. Sin embargo, este último aspecto, que podía haber sido el que verdaderamente condujera a la imposibilidad de un encuentro, vinculando tales orígenes sociales del falangismo con sus posiciones más conservadoras en las reivindicaciones económicas, era precisamente lo que hacía necesario el encuentro entre ambas fuerzas

que pasaban a ser claramente *complementarias*, al arrastrar una el empuje decidido de un rupturismo cuya genealogía podía mostrarse en los orígenes mismos del movimiento jonsista, y la capacidad de penetración en los sectores fascistizados de la antigua extrema derecha, como podían indicarlo las compañías iniciales de Primo de Rivera. Ledesma sabía que le estarían vedados los accesos a sectores sociales a los que su competidor podía acudir y que necesitaba para mantener en pie su escuálida organización, como bien sabía por las amargas dificultades económicas sufridas desde el cierre de *La Conquista del estado*. Poca cosa podían ser las objeciones ideológicas que se alzarán desde las filas de las JONS —empezando por las que, hábilmente, firmaba el propio Ledesma—, que sólo trataban de señalar un derecho de primogenitura y una afirmación de espacio sin ambigüedad revolucionaria, factores que se complementaban perfectamente con una estrategia que tendiera a la unidad de dos fuerzas tan pequeñas, en especial cuando el falangismo pudo crecer en condiciones en que el jonsismo no conseguía hacerlo, dirigido por la brillante oratoria de su líder, por sus contactos personales, por su influencia en la universidad y, sobre todo, por ese factor *externo* que suele tenerse menos en cuenta de lo que se debiera, al plantearse por el monarquismo más duro que difícilmente podía tolerarse la existencia de dos organizaciones fascistas en España cuyas divergencias podían parecer anecdóticas a ojos de la extrema derecha alfonsina.

Tales fueron las condiciones que condujeron a la unidad orgánica con una Falange Española que, a pesar de las dudas que pudiera ofrecer al jonsismo más ortodoxo, no dejaba de constituirse como un paso más en la estrategia de acumulación de fuerzas que se había iniciado en la misma constitución de las JONS. Para Falange, parecía claro lo contrario a lo que debía esperar Ledesma: que el movimiento acabaría siendo dominado por la personalidad incomparablemente más atractiva de Primo de Rivera, sin que en el espacio público que se estaba disputando resultara lo más importante la capacidad de elaboración teórica ni el currículum de los implicados. Por otro lado, el líder falangista aprendió rápidamente a aprovechar las ventajas de que disponía frente al que no tardó en presentarse como un reticente compañero de dirección y, pronto, como un decidido adversario. Fue inclinando su discurso hacia una radicalización social que hacía muy difícil que se le atribuyeran los equívocos en los que se basó la salida de Ledesma a finales de año. Consciente de su propio estigma de «señorito», fue más lejos que el propio fundador de las JONS en el establecimiento de una mística de la militancia, del fogueo populista. No se acomodó, sin embargo, a lo que podía esperar de él algún sector de la derecha: en ningún momento aceptó ser una mera guardia pretoriana de la misma, lo que llevó a un duro debate acerca del uso de la violencia política con algunos sectores dirigidos por Juan Antonio Ansaldo y con la prensa monárquica. Sin embargo, cuando asentó su poder en la organización, Primo de Rivera no tardó en transmutar la mera violencia política en una sistemática de sacrificio ritual, en la que la agresión al adversario se compensaba con un escenario de martirologio que convertía al falangismo en un «ejemplo» a seguir por los españoles dispuestos a inmolarsse por una Patria en peligro. Junto a la teorización de una violencia entendida en un sentido religioso que ofreció rápidos réditos de imagen, Primo de Rivera no tardó en distinguirse de Ledesma por otros aspectos teóricos, como su elección del españolismo frente al nacionalismo para escapar a los principios liberales y objetivos en los que consideraba que éste se basaba, y centrarse en la mística de la «unidad de destino en lo universal», alejada de factores territoriales o lingüísticos que plantearan la base de un derecho a la autodeterminación.

Tales diferencias ideológicas fueron menos importantes que las que se referían al diseño estratégico del Partido Fascista en España. Para Ledesma, se trataba de construir un espacio común en el que quienes militaran en FE de las JONS representarían el ala obrerista, sindicalista, del nuevo nacionalismo de masas de un amplio movimiento antirrepublicano. Para José Antonio, se trataba de la consolidación exclusiva del propio partido, comprendiendo que su crecimiento *propio* no podía arriesgarse en operaciones de confusión con otras fuerzas de la derecha radical

española. Dos condiciones habían de hacer especialmente grave el enfrentamiento de Ledesma con quien era ya reconocido como el dirigente máximo de la organización, aunque no dispusiera aún de una jefatura reconocida formalmente. La primera fue la negativa a la aceptación de Calvo Sotelo en el campo falangista, a lo que se añadiría la negativa a entrar en el Bloque Nacional, algo que no era más que una consecuencia de lo anterior. La segunda fue la parálisis de FE de las JONS en las condiciones de octubre de 1934 cuando, tras la derrota de la revolución, Ledesma consideró que se desaprovechaba la oportunidad de lanzarse a una operación que pusiera fin a la República, haciendo del Partido el propulsor de un movimiento nacional de mayor alcance. No es lo más importante que este último factor fuera una *probabilidad*, sino que Ledesma la viera como una *posibilidad más* que Primo de Rivera se negaba a tomar por mera *incapacidad política*. Ledesma veía en esta actitud una crisis de liderazgo en la que podían combinarse sus propias ambiciones personales con la impaciencia ante alguien en quien nunca había confiado totalmente. Si la unión con Falange sacrificando a las JONS no implicaba la entrada en acción del movimiento cuando era posible, a causa de una coyuntura revolucionaria, ni mayores garantías para pactar con el conjunto de la extrema derecha, rechazándose la propuesta del Bloque Nacional ¿para qué había servido el proceso de unidad? Cuando estas condiciones fueron acompañadas de la elección de Primo de Rivera como jefe nacional, Ledesma decidió que había perdido toda posibilidad de que aquella organización, para decirlo con su palabra favorita, fuera *eficaz*. Su marcha sólo puede explicarse, dada su trayectoria reciente, no tanto como resultado de haber descubierto a un Primo de Rivera conservador, traidor a las esencias del nacional-sindicalismo, sino por temer que el fascismo quedara en una posición marginal, ajeno a lo que Ledesma, con mayor sagacidad que José Antonio, creía inevitable desde el mismo 1931: una confrontación armada a la que el fascismo debía aportar una organización adecuada, que pudiera crecer en el marco mismo del enfrentamiento, pero que estuviera dispuesta a acelerarlo.

La soledad de un escritor de fondo (1935-1936)

La experiencia de *La Patria Libre*, con la que Ledesma trató de reconstruir las JONS en febrero y marzo de 1935, resultó tal fiasco que ni siquiera pudo mantenerse en Madrid y tuvo que realizar un traslado a Barcelona, donde esperaba una competencia menos abrumadora de Falange. Visto con la necesaria perspectiva, el error sólo se hizo evidente cuando la propia Falange Española de las JONS —que ni siquiera perdió la totalidad de su denominación— varió la deriva en la que se había desarrollado desde la unificación, para asentar un rumbo radical que había de reconocer en sus recuerdos el propio Ledesma, dejando el campo del fascismo libre a su viejo competidor: no es otra la forma en que acaba el recuento de estos episodios en *¿Fascismo en España?* en noviembre de 1935. En efecto, Falange había desarrollado un discurso en el que las críticas de Ledesma a la presunta entrega del ideario revolucionario y obrerista del nacional-sindicalismo por los «señoritos» que dirigían el movimiento perdieron cualquier signo de veracidad.

Esta ocupación de un espacio radical se hacía, naturalmente, en la suposición de que no se iban a convocar elecciones con la celeridad con que se hizo. No hay más que observar la facilidad con que la dirección de Falange modificó su «equidistancia» para proponer un Frente Nacional que se opusiera al Frente Popular en cuanto la delimitación de campos quedó clara, a comienzos de 1936. De haber tenido una posición más fluida con el Bloque Nacional, es posible que se hubieran realizado más concesiones a Falange, pero esta especulación no tiene más sentido que señalar el carácter puramente táctico de la radicalización. Sin embargo, lo que resulta curioso es que el Partido fuera capaz de convertir este fracaso, gracias a la derrota de la derecha en las elecciones de febrero, en las bases de una victoria obtenida en un marco muy diferente de polarización, en el que Falange adquirió un acelerado prestigio provocado por su actitud militante, de intransigencia y de víctima de la persecución, además de disponer de un

proyecto de Estado Nuevo del que carecían las otras fuerzas, neutralizadas mutuamente por su diversa opción dinástica. Esta capacidad de nueva acumulación de fuerzas que concedería a la Falange la *composición simbólica* del movimiento a venir con la Guerra Civil, merece una reflexión más amplia que la que puede realizarse aquí, aun cuando sea necesario apuntarlo para justificar el fracaso de Ledesma Ramos en la coyuntura crítica que él había teorizado con tanta antelación.

Pues, durante todo aquel año crucial, Ledesma fue convenciéndose de su derrota, justamente cuando observaba aquellos elementos que podían haberle estimulado: la devaluación del Partido Radical y el abandono de la representación de las clases medias conservadoras, las dificultades de Gil Robles para mantener una línea legalista que el propio Alcalá Zamora podía cegarle. Contemplando un panorama tan devastador para el régimen como opíparo para sus adversarios, Ledesma se encontraba en una soledad que sólo podía aprovechar para considerar superada su dedicación a la política y su entrada en una etapa de ensayista, de crítico de la realidad, de diseñador de paisajes más que de elaborador de plataformas de acción. No era el regreso a la literatura, desde luego, ni a la mera contemplación. En sus dos obras capitales del año 1935, *Discurso a las juventudes de España* y *¿Fascismo en España?* Ledesma trazó lo que había tratado de señalar apresuradamente en los tiempos de *La Conquista del Estado*: el carácter del tiempo en el que se vivía y las tareas revolucionarias que correspondían a una juventud poco dispuesta a pactar con el pasado. En definitiva, Ledesma regresaba, con las alforjas bien provistas tras una trayectoria de aciertos estratégicos y catastróficos errores tácticos, a plantear cuáles eran las exigencias de la *actualidad*. A ella se refería cuando proponía un análisis de la decadencia española que poco tenía que ver con las actitudes habituales de la derecha nostálgica para pasearse por los espacios de frustración de una burguesía inexistente, de la que habían disfrutado los países del norte de Europa. De ella hablaba cuando señalaba la equivalencia del fascismo y el bolchevismo como formas de *novedad* congruentes con el nuevo siglo, con los efectos de la Gran Guerra, el vanguardismo político y las tendencias de planificación económica y cohesión social que superaban el liberalismo. Era lo que defendía cuando se refería al fascismo como un «fenómeno» de nuestro tiempo que, de hecho, venía a definir una época a la que se debía lealtad generacional. Lo que hacía ahora, cuando ya no tenía sentido plantear las líneas de un compromiso, era definir con mayor precisión aquello en lo que residía su identidad. Nada menos, pero nada más, contra quienes pudieran considerar una sucesión de Ledesma entre los que hay que elegir, arrebatando al personaje la coherencia entre sus circunstancias y sus principios que le habría repugnado.

Esa exactitud de territorio fue el que determinó su final, cuando se había alejado de sus antiguos compañeros, incluyendo a buena parte de los que le siguieron al comienzo de la escisión de 1935, para realizar un enigmático esfuerzo editorial, realizado en vísperas de un levantamiento militar que no debía resultarle ajeno, menos por la complicidad que tuviera con él que por un fragor ambiental que era difícil que se escapara al olfato de quien había sido profesional de la política. *Nuestra Revolución* puede sorprender por esa misma opción de situarse por encima de los acontecimientos que no se consideran *esenciales*. Mientras los falangistas recibían órdenes de ponerse al servicio de las autoridades militares y tratar de salvar la autonomía de la organización; mientras buena parte de los cuadros dirigentes del partido eran detenidos y condenados; mientras la prensa era clausurada, Ledesma era capaz de considerar que se encontraba en esa posición de marginalidad que había elegido, buscando lo que era *verdaderamente nuclear* en aquel momento: salvar el nacionalismo revolucionario como proyecto, frente a una dispersión ideológica que caminaba de la mano de su mismo éxito. No se trataba de una radicalización final, sino de una convicción de la ruptura entre identidad y compromiso que —lo que son las cosas— compartía en buena medida con algunas apreciaciones del propio José Antonio.

A veces, la vida contiene eso que hemos llegado a devaluar llamándolo *el momento de la verdad* con la suficiente frecuencia para que los momentos y las verdades pierdan envergadura, como cualquier moneda con exceso de circulante. Para Ledesma, sin embargo, aquella madrugada en el cementerio de Aravaca debió contener el valor íntegro

de esa sensación, que en su caso hubo de mantenerse con la amargura de saberse *realmente a solas*, individuo desaparecido como lo reclamó cuando exigió que la vida de cada uno tuviera menos importancia que la de la comunidad que adquiriría conciencia de sí misma. Ledesma no sólo fue el fundador del fascismo político español, sino quien mejor entendió su calidad ideológica. No fue un doctrinario sin sentido de la realidad, sino un estratega que cometió graves errores tácticos. No podía competir en encanto personal, capacidad de seducción y liderazgo con Primo de Rivera, pero disponía de resortes culturales que desbordaban a quien siempre ha sido presentado como el verdadero fundador del fascismo español. Tal vez a Ramiro Ledesma no le molestara, en coherencia con sus ideas, que su *presencia* individual fuera prescindible. Lo que le debió resultar más amargo es que le arrebataran, además, su *ausencia*.

[Artículo publicado en *Revista de Occidente*, Madrid, nº 294, noviembre de 2005, págs. 77 – 97.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 94